

Mi confesión

Cuando era pequeño me gustaba explorar el bosque con mi hermano. No éramos como otros hermanos gemelos que intentan diferenciarse distanciándose al máximo en su forma de ser, nosotros teníamos gustos y personalidades similares. En cierta forma nos sentíamos como el reflejo del otro. Un día, haciendo el cabra en un lugar recóndito entre los árboles, encontré unos prismáticos en el suelo. Por supuesto, los cogí y fui corriendo a enseñárselos a mi hermano, que me los arrancó de las manos y comenzó a mirar en todas direcciones con ellos. Su cuello se detuvo y, susurrando, me hizo saber que había un ciervo en la dirección en la que apuntaban los tubos. Pasó un rato observándolo, la espera desencadenó en mí el aburrimiento y este me hizo soltar tonterías por la boca, una tras otra. ¿Y si el ciervo es en realidad un cazador camuflado? ¿Sabes que los cuernos de los ciervos son en realidad antenas para escuchar la radio? ¿Te imaginas que de repente le salen alas y sale volando? Mi hermano brincó, dio un grito enorme y se cayó de culo, dejando caer los prismáticos al suelo. Miró al cielo, esperando algo, pero no vio nada. Volvió a mirar a través de los binoculares y palideció.

Tras pasar la tarde experimentando descubrimos que cualquier cosa que imagináramos acechando a través de esas lentes se haría realidad, pero solo al otro lado de ellas, nunca en nuestro plano. Puede que sea un poder enorme, aún no lo

tengo del todo claro. Lo que si sé con seguridad, es que en la mente de unos chicos de doce años aquello era un juguete asombroso. Nos pasamos todo el verano jugando a hacer aparecer la parida o memez más grande que se nos ocurriera, intentando hacer reír al otro. Jugábamos durante el día, al atardecer decidíamos el ganador de la jornada y lo apuntábamos en una pequeña libreta junto a la idea que le había dado la victoria. Lo cierto es que a mi hermano se le daba mucho mejor que a mí hacernos reír. Un día, hizo aparecer un elefante diminuto que lanzaba confeti por la trompa; otro, un señor con un mostacho oscuro, sombrero de copa y bastón, que refunfuñaba continuamente mientras, atrapado, daba saltos en una enorme cama elástica. Pero sin duda, mi día favorito fue en el que utilizamos los prismáticos para ver una pelea entre un *air dancer*¹ y un luchador de sumo. No podíamos parar de reír. Recuerdo la frustración que me creaba que siempre ganara él. Puede que eso fuera lo que me hizo imaginarle al otro lado del monte, mirándome y haciendo muecas para intentar que me riera. Cuando fui a entregarle los prismáticos, ya no estaba a mi lado.

Mis padres aún creen que se perdió en el bosque, y yo nunca me atreví a decirles la verdad. Aun así, cada mañana cuando me miro al espejo, le veo haciéndome gestos y monerías y me doy cuenta de que nada ha cambiado.

1 Muñeco hinchable con forma de tubo típicamente usado con fines publicitarios. Cuando el aire se mueve a través de él lo hace agitarse, creando un movimiento desternillante.